



América Latina vista desde los estudios políticos, 1980-2020

Felipe Burbano de Lara
Coordinador

Índice de contenidos

Lista de abreviaturas y siglas	VII
A modo de introducción	1
<i>Felipe Burbano de Lara</i>	
Capítulo 1	
La inclusión autoritaria del populismo latinoamericano	23
<i>Carlos de la Torre</i>	
Capítulo 2	
Los estudios de democracia y calidad de la democracia en los países andinos	51
<i>Simón Pachano</i>	
Capítulo 3	
Los estudios sobre el Estado en América Latina. Estatalidades, autonomía y democracia.	104
<i>Felipe Burbano de Lara</i>	
Capítulo 4	
Entre el ciclo destituyente y la crisis progresista, 1995-2017. Los debates sobre movimientos sociales y lucha política en los Andes	151
<i>Franklin Ramírez Gallegos</i>	

Capítulo 5

Racionalidad, dinámicas e interacciones:

una revisión analítica de los estudios sobre política

y justicia en América Latina 208

Santiago Basabe-Serrano y Patricia Sotomayor Valarezo

Autores y autora 249

Capítulo 1

La inclusión autoritaria del populismo latinoamericano

Carlos de la Torre

A diferencia de los populistas de derecha, que utilizan la xenofobia y el racismo para prometer el retorno a un pasado glorioso imaginario, la izquierda populista latinoamericana —Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013), Evo Morales en Bolivia (2006-2019) y Rafael Correa en Ecuador (2007-2017)— se comprometió a mejorar la calidad de la participación y representación democráticas, crear justicia social y luchar por la soberanía nacional. Estos políticos siguieron los pasos de populistas nacionales, como Juan Perón en Argentina (1946-1955), quien incrementó el número de votantes, desechó el fraude electoral, redistribuyó la riqueza y el ingreso y colocó a los trabajadores y a los pobres en el centro de sus políticas sociales. Aunque estos gobiernos incluyeron a los excluidos, concentraron el poder en la presidencia, usaron el Estado para controlar a las organizaciones de la sociedad civil y regularon la esfera pública.

Los académicos difieren en las evaluaciones de sus credenciales democráticas. Los liberales, quienes se enfocan en las instituciones, las reglas y los procedimientos, argumentan que el populismo es un peligro para la democracia ya que atenta contra la separación de poderes, la fuerza de las instituciones de rendición de cuentas y las normas que protegen al individuo del Estado. Aquellos estudiosos cuyas opiniones consideran a la democracia como justicia social, argumentan que el registro histórico desde Perón hasta Chávez fue democratizador. Yo me basaré en mis investigaciones previas sobre el populismo latinoamericano y argumentaré que

el populismo de izquierda presentó un proceso *sui generis* de inclusión autoritaria en la comunidad política. Se fundamentó en conceptos de ciudadanía como participación directa y sin intermediaciones, y como la inclusión socioeconómica de los excluidos bajo la condición de rendirse al líder, concebido como la encarnación de la voluntad y las aspiraciones del pueblo.

El argumento de este capítulo se divide en cuatro secciones. En la primera se analizan los debates sobre qué es el populismo y cómo estudiarlo. En las siguientes se examinan los argumentos que plantean que el populismo es democratizante, una amenaza a la democracia o una combinación *sui generis* de inclusión y autocracia.

¿Qué es el populismo?

A pesar de que no existe acuerdo sobre una definición o enfoque, y la mayoría de los libros y artículos comienzan por reconocer la multiplicidad de significados del término *populismo*, en la actualidad existen cuatro enfoques predominantes: modernización/sociedad de masas, político, ideológico y discursivo. A continuación, expongo brevemente sus contribuciones epistemológicas y teóricas.

Modernización y sociedad de masas

La primera vez que los sociólogos usaron el concepto de populismo fue en la década de 1950 para describir una fase particular en el proceso de modernización vinculada a la transición de una sociedad agraria a otra industrial y urbana. Gino Germani (1971) argumentó que el populismo fue el resultado de cambios sociales abruptos, como la industrialización y la urbanización. La migración masiva desde el interior trasladó a las fábricas a gente que no se encontraba socializada en la vida urbana ni en organizaciones obreras. El autor propuso que esta nueva clase obrera argentina se encontraba en un estado de anomia y estaba siendo manipulada por Juan Perón, un carismático demagogo. Escribió: “La

integración de las masas a la vida política comenzó bajo el totalitarismo. Ofreció a los obreros una experiencia de participación política y social en sus vidas personales, a la vez que anuló a organizaciones políticas y derechos básicos que son los pilares de toda democracia genuina” (337).

Los estudios de Germani fueron pioneros y redujeron la política de los sectores subalternos a la supuesta irracionalidad de las masas. Murmis y Portantiero (1971) demostraron que el apoyo de los trabajadores a Perón fue racional porque, cuando ocupó el cargo de secretario de Trabajo, atendió las demandas obreras de seguridad social, legislación laboral y mejores salarios.

A pesar de las inconsistencias empíricas y teóricas del modelo de la sociedad de masas, algunos académicos europeos adoptaron estos enfoques para explicar el auge del populismo de derecha en las décadas de 1980 y 1990. Según Hans-George Betz (1994, 170), por ejemplo, “el surgimiento y auge de partidos populistas de derecha radical en 1980 fue una respuesta directa a la transición desde el capitalismo industrial de bienestar al capitalismo individualizado postindustrial”. Reflejó “en gran medida la tensión psicológica asociada con las incertidumbres producidas por los cambios socioeconómicos y socioculturales de gran escala” (Betz 1998, 8). Su base social estaba compuesta por los perdedores de la modernización. “El típico elector de derecha radical en gran medida provenía de las clases inferiores, tenía un nivel de educación de bajo a moderado y generalmente vivía en las áreas marginales de ciudades grandes y medianas de Europa occidental” (Betz 1994, 166). Estas personas dirigían su resentimiento a la clase política, a la burocracia administrativa y a los migrantes y refugiados.

Teorías políticas

Los teóricos políticos no relacionaron el populismo con una fase en la historia de la modernización. Argumentaron que el populismo es “una forma muy específica de competir por y ejercer el poder político” (Weyland 2001, 11). Estudiaron el populismo como un estilo político o como una estrategia política. Benjamin Moffitt (2016, 43-45) lo

definió como un estilo político que caracteriza y coloca al pueblo en contra de las élites, y que usa lo que estas consideran malas costumbres, como el acento, el lenguaje corporal, el mal gusto y una escenificación de crisis, colapso o amenaza.

Las definiciones del populismo como un estilo político se enfocaron en sus aspectos expresivos, entre los cuales están su discurso y actuaciones. Sin embargo, a juicio de Weyland “definir al populismo como un estilo político [...] amplía demasiado el área de interés e impide una clara delimitación de casos” (2001, 12). Con el objetivo de proporcionar una definición mínima que eliminara el desacuerdo conceptual y permitiera la acumulación de conocimientos, Weyland (14) definió al populismo “como una estrategia política con la que un líder personalista busca o ejerce el poder gubernamental basándose en el apoyo directo, no institucionalizado, sin intermediarios, de grandes masas de seguidores, en su mayoría no organizados”. En lugar de adherirse a una ideología política concreta, o a la distinción izquierda-derecha, los líderes populistas fueron pragmáticos y oportunistas en su búsqueda por conquistar y retener el poder.

El populismo es un tipo específico de respuesta a la crisis de representación política y es una “estrategia política para apelar a electorados masivos cuando las instituciones representativas son débiles o están desacreditadas, y cuando varias formas de exclusión social o marginalización política dejan a los ciudadanos fuera de dichas instituciones” (Roberts 2015, 141). Apareció cuando personas excluidas, sin lealtad partidista, obtuvieron el derecho a voto por primera vez. Entre los ejemplos de la integración populista inicial se encuentra la primera ola populista en América Latina, entre las décadas de 1930 a 1970, Thaksin Shinawatra en Tailandia y los movimientos populistas que surgieron en África después de la democratización en los noventa (Resnick 2015, 323). Los sistemas políticos entraron en una segunda crisis de representación política cuando el sistema bipartidista, como en Venezuela, se volvió excluyente en la década de 1990. Hugo Chávez se rebeló en contra de partidos tipo cártel cerrados que se turnaban en el poder y estaban más interesados en su autorreproducción que en defender los intereses populares. Un tercer escenario apareció cuando la

representación y la competición política se vuelven altamente personalizadas, con electores que apoyan y se identifican con los líderes en lugar de organizaciones o plataformas partidistas, y cuando los ejes de la competición política también se trazan entre personalidades rivales que afirman representar mejor los verdaderos intereses del pueblo (Roberts 2015, 149).

En estas condiciones, surgieron y llegaron al poder algunos líderes populistas, *outsiders* políticos y líderes personalistas, por ejemplo, en Ecuador antes de Correa o en Perú después de Fujimori.

Las teorías políticas sobre el populismo acertadamente resaltaron la importancia de los líderes, muchos de ellos carismáticos. Sin ellos, como reconoció Kirk Hawkins (2010, 43), los movimientos políticos “podrían resultar ineficaces y languidecer”. Estas teorías fueron útiles para desarrollar tipologías sobre el populismo latinoamericano y explorar cómo este se adaptó a diferentes estrategias de desarrollo: la industrialización nacionalista de sustitución de importaciones conducida por el Estado en la década de 1940, el neoliberalismo en los noventa y el retorno al desarrollo y nacionalismo conducido por el Estado a fines de la década de 1990 y las primeras del siglo XXI.

Los estudios sobre el populismo como una estrategia política mostraron que, aunque los líderes y sus seguidores no siempre estaban vinculados por medio de instituciones formales, tendían a exagerar la falta de capacidad de autonomía organizativa de sus adeptos. Los partidos y movimientos populistas en América Latina, por ejemplo, se organizaron a través de redes partidistas burocráticas y redes clientelistas informales que distribuían recursos, información y empleos a los pobres. Al igual que otros partidos políticos, los populistas intercambiaron servicios por votos. Sin embargo, los intercambios populistas también estaban acompañados por un discurso que retrataba al pueblo común como la esencia de la nación.

El populismo como ideología

Al igual que las teorías políticas, los enfoques ideológicos apuntan a construir definiciones mínimas que puedan usarse para análisis empíricos. En lugar de enfocarse en las estrategias o el estilo de los líderes, o en

su carisma, estudian el populismo como una ideología. “El populismo es un conjunto de creencias acerca de la naturaleza del mundo político” (Hawkins 2010, 5). Cas Mudde (2004, 543) definió el populismo como “una ideología débil que considera a la sociedad separada en dos bandos homogéneos y antagónicos, ‘el pueblo puro’ versus ‘la élite corrupta’, y que argumenta que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* (voluntad general) del pueblo”. Sin la sofisticación de otras ideologías, como el socialismo o el liberalismo, es una ideología porosa que podría combinarse con otras. Podría ser asociada, por ende, con el nativismo y el neoliberalismo, o con plataformas antineoliberales y antirracistas. El rol del líder no es esencial en este enfoque porque se centra tanto en las ideologías de los partidos como en las de los líderes.

El enfoque ideológico se usó para comparar al populismo en Europa y en las Américas (Mudde y Rovira Kaltwasser 2012), así como para distinguir entre formas de populismo incluyente y excluyente (Mudde y Rovira Kaltwasser 2013). El primero tendía a incluir a los excluidos material, política y simbólicamente, mientras que las variantes de derecha excluyente en Australia, Europa y las Américas apuntaban a excluir a ciertos grupos. El enfoque ideológico fue utilizado por Hawkins (2010) para medir el discurso populista en forma empírica. Este enfoque también permitió el estudio empírico de la demanda y la oferta del populismo. Las explicaciones del lado de la demanda son estructurales y se centran en

cambios en las preferencias, creencias y actitudes entre la población. En contraste, las explicaciones del llamado lado de la oferta dirigen su atención a la transformación de los actores y partidos políticos, esto es, a la formación de nuevas propuestas políticas que puedan ser atractivas para el electorado (Rovira Kaltwasser 2015, 196).

Las definiciones ideológicas mínimas del populismo usaron el término *ideología* como un concepto general (Moffitt 2016, 19). Esto plantea problemas especiales porque los populistas no han elaborado textos fundacionales y es difícil conceptualizar una ideología populista distintiva (20). Al subsumir todos los casos en donde se utilizó

una “ideología populista” como populismo, el enfoque ideológico “participó en lo que Giovanni Sartori ha denominado estiramiento conceptual” (Jansen 2015, 165), esto es, ampliar excesivamente la cobertura y perder la precisión connotativa del concepto. George W. Bush, por ejemplo, obtuvo una alta puntuación en populismo en las mediciones de Hawkins (2010), aun cuando él se refería claramente a un enemigo externo muy diferente de los antagonistas internos y externos de Chávez. En su esfuerzo por evitar supuestos normativos acerca de la relación entre populismo y democracia, Mudde y Rovira Kaltwasser, por ejemplo, se basaron en argumentos empiricistas que trataron al populismo como un correctivo y una amenaza a la democracia. Los autores hicieron caso omiso de los análisis sobre cómo la lógica interna del populismo podría conducir a la muerte lenta de la democracia y a su reemplazo por el autoritarismo.

Teoría del discurso

En lugar de enfocarse en el contenido de la ideología populista o en su base de clase, Ernesto Laclau desarrolló una teoría formal que se centra en su lógica de articulación. El populismo es una práctica que crea identidades políticas populares. El pueblo es un “sujeto político construido en y a través de la política populista” (Beasley-Murray 2010, 45). En *Política e ideología en la teoría marxista*, Laclau (1977, 172-173) definió al populismo como un discurso que articula las interpelaciones democráticas populares como antagonistas a la ideología dominante. El discurso populista polariza el campo social en dos antagonistas irreconciliables: el pueblo versus el bloque de poder. Los tipos de rupturas populistas no están predeterminados teóricamente y podrían conducir al fascismo, al socialismo o al bonapartismo de Perón.

En su libro *La razón populista*, Laclau (2005a, 122) contrastó la política cotidiana, mundana y administrativa con aquellos momentos excepcionales de una ruptura populista, entendida como la política. Argumentó que la división de la sociedad en dos bandos antagónicos fue necesaria para poner fin a sistemas institucionales excluyentes y fraguar

un orden alternativo. El autor contrastó la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. La primera presupone que “cualquier demanda legítima puede satisfacerse de un modo administrativo no antagónico” (Laclau 2005b, 36). Sin embargo, hay demandas que no pudieron resolverse en forma individual, lo cual las reagrupó en la formación de una cadena de equivalencias. Bajo la lógica de la equivalencia, “todas las demandas, al margen de su naturaleza diferencial, tienden a reagruparse” (37), con lo que se convierten en demandas que el sistema institucional no puede resolver. El espacio social se divide en dos bandos: el poder versus los rechazados y abandonados. La lógica de la articulación populista es antiinstitucional; se basa en la construcción de un enemigo y en una lógica de equivalencias que puede conducir a la ruptura del sistema.

“El proyecto de Laclau es una defensa del populismo” que fracasó, según Beasley-Murray (2010, 41), porque compartió la visión de Carl Schmitt de la política como la lucha entre amigo y enemigo. Bajo estos parámetros, resulta difícil imaginar adversarios democráticos con espacios institucionales legítimos. Según la opinión de Schmitt, tal vez haya que fabricar y destruir enemigos. Más aún, como argumentó Andrew Arato (2015, 42), el populismo podría implicar la extracción del pueblo mítico —como lo concibió e imaginó el líder o el teórico del populismo— del pueblo empíricamente existente. Al darle prioridad normativa a la ruptura populista, las mejoras reformistas positivas son descartadas para dar paso a las construcciones escatológicas normativas de la política revolucionaria que sueñan con la discontinuidad total de un orden dado.

Estos enfoques entienden la relación del populismo con la democracia de manera diferente. Según Laclau, el populismo es normativamente deseable porque apunta a romper los sistemas excluyentes y es la alternativa a la transformación de la política en una administración neoliberal. El enfoque político estudia las tensiones entre el populismo y las instituciones liberales constitucionales y considera que el primero es una amenaza a la democracia porque ha llevado a resultados autoritarios. Germani consideró que el populismo es un fenómeno *sui generis* con componentes incluyentes y autoritarios. Siguiendo sus ideas, pero

no su apego a las teorías de la sociedad de masas y de la modernización, los académicos argumentan que el populismo ha llevado a una definición particular de la ciudadanía como la participación directa en reuniones de masas y, una vez en el poder, a la inclusión de los excluidos bajo la condición de que se sometían a la voluntad del líder.

El populismo es democratizante

La historia del populismo se considera positiva cuando se entiende a la democracia como un conjunto de políticas que mitigan las inequidades estructurales. El sociólogo Carlos Vilas (1995), por ejemplo, propuso que el populismo en América Latina, desde la década de 1930 hasta la de 1970, condujo a su democratización fundamental. Basó su argumento en el aumento del electorado y en las políticas económicas redistributivas populistas. El caso más dramático fue el de Juan Domingo Perón. Durante sus dos primeros mandatos (1946 a 1955) “la afluencia de votantes creció del 18 al 50 por ciento de la población” (Schamis 2013, 155). Las mujeres votaron por primera vez en las elecciones de 1952. La porción de los salarios en el producto interno bruto representó alrededor de 50 % en ese mismo año (156). Sin embargo, la inclusión material, política y cultural no estuvo acompañada por el respeto al pluralismo y al disenso (Romero 2002). Perón expropió periódicos, dominó el movimiento laboral desplazando y encarcelando a líderes de izquierda y apoyando a compinches en el liderazgo de la poderosa Confederación General del Trabajo (CGT).

Los populistas contemporáneos de izquierda entendieron la democratización como la promoción de la inclusión socioeconómica de los pobres. Rafael Correa (2012), por ejemplo, proclamaba que estaba transformando a la democracia burguesa en una democracia real. Las cifras del Banco Mundial muestran que cuando los precios de las *commodities* subieron, la pobreza bajó en Venezuela de 55,4 % en 2002 a 28,5 % en 2009; en Ecuador, de 37 % en 2006 a 29 % en 2011; y, en Bolivia, de 60 % en 2006 a 50,6 % en 2009 (De la Torre y Arnson 2013, 28). No obstante, después de que el auge se convirtiera en crisis, la pobreza y la

inequidad se incrementaron en estas naciones porque, aunque sus políticas sociales resultaron efectivas en el corto plazo, sus cimientos fueron débiles y dependían de ingresos extraordinarios de la renta de sus recursos naturales (Weyland 2013). La caída de los precios del petróleo condujo a más pobreza y a una catástrofe económica en Venezuela. Chávez, Morales y Correa se erigieron como innovadores democráticos y líderes de proyectos revolucionarios: Chávez de una revolución bolivariana, Morales de una revolución anticolonial y Correa de una revolución ciudadana. Pero en lugar de seguir las antiguas estrategias de usar balas y luchas armadas, se sirvieron de las urnas y de elaborar constituciones para lograr la ruptura con el régimen antiguo y lograr el cambio. Fueron elegidos con la promesa de convocar a asambleas constituyentes, cuya tarea era redactar nuevas normas supremas. Para ello se contó con la participación, contribución y propuestas de los movimientos sociales. Los resultados se aprobaron por medio de referendos. Estas nuevas constituciones establecieron un tipo de democracia diferente sobre la base elecciones, pero también concentraron el poder en manos de los presidentes. La movilización mayoritaria conducida por un líder personalista prevaleció sobre los controles y equilibrios y el respeto de los derechos civiles básicos inherentes a la democracia liberal moderna. Se reemplazaron los mecanismos de rendición de cuentas horizontales por parte de otras ramas de gobierno y de la prensa independiente con una variante vertical que incluía elecciones frecuentes, referendos y plebiscitos (De la Torre y Arnson 2013, 10).

Chávez, Morales y Correa discrepaban en torno a cómo establecer las instituciones de democracia participativa a nivel local. La participación en Bolivia, en gran medida, se basó en tradiciones comunitarias en las que todos deliberaban hasta que se tomaba una decisión. Con Morales, la participación ocurría mayoritariamente desde abajo y las organizaciones subalternas tenían la capacidad de forzar al gobierno a revertir políticas (Crabtree 2013). En Ecuador, la distribución social tecnocrática se convirtió en la principal herramienta para eludir a los movimientos sociales y vincular directamente a las bases con Correa (De la Torre 2019). Chávez organizó a sus seguidores desde arriba y creó una serie de instituciones de participación, como los círculos bolivarianos y los

consejos comunales. La participación en estas instituciones produjo sentimientos de inclusión, aunque su liderazgo carismático estableció sus límites (López Maya y Panzarelli 2013).

Ernesto Laclau se convirtió en el ideólogo del populismo de izquierda. En su juventud fue influenciado por el peronismo de izquierda. En su obra *Política e ideología en la teoría marxista* (1977), abogó por la conveniencia normativa de una combinación de populismo y socialismo para transformar las democracias capitalistas limitadas. En sus últimos trabajos abandonó el marxismo y consideró que el populismo implicaba el renacimiento de la política. Cuando todos los partidos aceptaron el neoliberalismo y la regla de los tecnócratas, la política se redujo a una empresa administrativa (Mouffe 2018). El populismo es una revuelta contra el razonamiento tecnocrático, la rendición de la soberanía nacional ante instituciones supranacionales y de la voluntad popular a las élites políticas neoliberales. Laclau y Mouffe destacaban la necesidad de romper con los acuerdos institucionales existentes. De acuerdo con sus teóricos, el populismo de izquierda concibe al pueblo bajo diversas nociones, como la plebe o los desamparados.

La teoría de Laclau puede servir para explicar la ruptura de las democracias neoliberales en crisis en Venezuela, Bolivia y Ecuador (De la Torre 2018, 739-740). Estas naciones experimentaron fuertes movimientos populares contra el neoliberalismo, la crisis de todas las instituciones democráticas y la entrega de la soberanía nacional al FMI. Los resultados del populismo fueron nuevas constituciones e instituciones políticas, así como el rechazo al neoliberalismo. Con base en análisis favorables de los recientes gobiernos populistas de izquierda, Paula Biglieri y Luciana Cadahia (2021, 42) abogan por el populismo como la alternativa democratizante y “emancipatoria al neoliberalismo”. Argumentan que a los populistas de derecha es más fácil relacionarlos con el fascismo porque construyeron al pueblo como uno, expulsando a otros diferentes para construir un pueblo homogéneo. Mientras tanto, el pueblo del populismo es heterogéneo y se basa en la igualdad e inclusión plebeyas. Según estas autoras, el populismo trae de vuelta al *homo politicus*, que se enfrenta a la reducción de las subjetividades neoliberales del *homo economicus*.

Las experiencias populistas latinoamericanas del siglo XXI conllevaron a expandir derechos utilizando la ley “horizontalmente (gozamos de la igualdad de derechos) y la democratización (la expansión del poder popular)” (49).

Sin embargo, el récord histórico del populismo de izquierda en el poder en América Latina no respalda la visión de aquel simplemente como democratizador. En primer lugar, los presidentes populistas transformaron a sus rivales democráticos en enemigos existenciales, incluyendo a partidos de izquierda no populistas y líderes de movimientos sociales (Iranzo 2011; Martínez Novo 2021; Sánchez y Pachano 2020; Zuazo 2010). En segundo lugar, estos líderes no se imaginaron al pueblo en plural. Chávez y Correa lo concibieron como actores unitarios con una sola voluntad e interés. Cuando las organizaciones de la sociedad civil abogaron por políticas alternativas, se estigmatizaron como ajenas al campo popular. Por lo tanto, la principal diferencia entre populismo y fascismo no se puede reducir a cómo se concibe al pueblo, como apuntan Biglieri y Cadahia. Los fascistas usaron el paramilitarismo, la violencia y, una vez en el poder, se deshicieron de la democracia; mientras que la violencia populista fue más simbólica que real, y las elecciones fueron la única herramienta para llegar al poder legítimamente (Finchelstein 2017). En tercer lugar, los regímenes populistas limitaron los derechos de asociación y de libre expresión, impidiendo a los movimientos sociales articular propuestas para una mayor democratización de la sociedad.

En cuarto lugar, Laclau, Mouffe, Biglieri y Cadahia utilizan argumentos voluntaristas que plantean que la tarea de la izquierda es construir subjetividades populistas. El populismo, por ende, se torna una teología política. Los seguidores de Laclau sacralizaron su obra *La razón populista* como un texto sobre el populismo y, con ello, ofrecen su lectura “correcta”: el populismo es un proyecto emancipatorio, anti-neoliberal, plebeyo y republicano de izquierda. La tarea de los teóricos del populismo, según anotan Biglieri y Cadahia (2021), es “crear un pueblo en contra de la derecha neoliberal”. La teoría de Laclau proporciona a quienes enseñan teoría política las herramientas para concebir

el pueblo correcto, aun cuando ello significaría extraer y forjar uno imaginario que poco tiene que ver con las poblaciones reales existentes (Arato 2015).

El populismo conduce a la autocracia

El liberalismo ofrece a los académicos parámetros claros para diferenciar gobiernos y regímenes democráticos de aquellos autoritarios. Algunos investigadores han detallado las condiciones que llevan a una muerte lenta de la democracia o al autoritarismo competitivo: sistemas presidenciales en crisis, instituciones débiles y crisis agudas, aunque resolubles (O'Donnell 2011; Levitsky y Loxton 2019; Weyland 2020). Se entiende que la democracia ejerce procedimientos institucionalizados para resolver conflictos en forma pacífica, salvaguardando pesos y contrapesos, así como las libertades de todos los individuos. Estos autores diferencian dos formas en que los populistas desgastaron la democracia. La primera se dio cuando el pueblo no se incorporó a los partidos políticos. Los populistas incluyeron a los excluidos a través de la polarización de las luchas ciudadanas entre enemigos. Cuando se cerraron los canales institucionales democráticos, los sectores más reaccionarios de la oposición invitaron a los militares a dar golpes (Weyland 2019). Desde las décadas de 1930 a 1970, el poder en América Latina osciló entre populistas y golpes militares.

La segunda forma de desgaste de la democracia tuvo lugar después de la tercera ola de democratización, cuando los golpes se volvieron costosos. En lugar de terminar la democracia con golpes de Estado, en varios casos los populistas la mataron lentamente (O'Donnell 2011) y chocaron con los acuerdos institucionales que, en sus palabras, excluían a la gente común para proteger a las élites. Atacaron a los medios de comunicación y a las organizaciones de la sociedad civil y concentraron el poder en las manos de la presidencia. Así, redujeron el poder de otras instituciones democráticas y colocaron a seguidores leales en la burocracia estatal.

Levitsky y Loxton (2019) argumentan que los populistas condujeron a las democracias presidenciales latinoamericanas débiles a la crisis

y a un autoritarismo competitivo. Los populistas eran *outsiders* sin ninguna experiencia en el toma y daca de la política parlamentaria. Fueron elegidos con el mandato de refundar las instituciones políticas existentes, esto es, el marco institucional de la democracia liberal. Se enfrentaron al congreso, a la Función Judicial y demás instituciones controladas por los partidos. Para seguir ganando las elecciones, los populistas inclinaron el campo de juego electoral. Desde sus cargos, tenían ventajas extraordinarias, como utilizar a los medios de comunicación públicos para acosar a la oposición y silenciar selectivamente a los privados, controlar los tribunales electorales y todas las instancias de apelación y usar fondos públicos para influir en las elecciones. Cuando estos presidentes ganaban las elecciones, las votaciones parecían limpias, pero favorecían descaradamente a los titulares de los cargos.

Los regímenes autoritarios competitivos no cumplen con los requisitos democráticos mínimos y son formas de autocracia electoral en las que “las instituciones democráticas formales existen y son importantes, pero donde el abuso y sesgo del campo de juego por parte de los titulares de los cargos es tal que la capacidad de competir de la oposición se ve seriamente comprometida” (Levitsky y Loxton 2019, 336).

Los académicos que usan la categoría de *autoritarismo competitivo* a menudo insinúan o aseguran que una democracia en crisis en manos de un populista se convertirá en un régimen autoritario competitivo. Encuentro que es más productivo estudiar cómo las inciertas dinámicas del populismo en el poder pueden o no conducir a un autoritarismo competitivo (Arato y Cohen 2022; Carrión 2022; Peruzzotti 2022). Los populistas ganan elecciones en democracias que se perciben como dominadas por partidos del cártel que no representan los intereses ciudadanos, o en democracias que excluyen a ciertos sectores de la población a nivel económico, político y social. Los populistas utilizan la polarización estratégicamente para crear una nueva división: populismo contra antipopulismo. Su lucha se torna un juego de suma cero “en donde la legalidad institucional, el compromiso político y la moderación social cuentan poco o nada” (Pappas 2019, 213). Los populistas y sus enemigos “emplean la simplificación y demonización que, a menudo, conducen al establecimiento de una cultura

política polarizada” (Stavrakakis et al. 2018, 22). Esta polarización reduce todos los conflictos de la batalla entre el pueblo y el bloque de poder y obliga a los no comprometidos a tomar partido. Los populistas perciben a instituciones como el Legislativo, el sistema judicial, las instancias que supervisan la rendición de cuentas horizontal, los medios de comunicación privados, las ONG y los movimientos sociales como entidades que están en manos de las élites.

Julio Carrión (2022) utiliza la expresión “el momento hobbesiano” para analizar las luchas entre populistas en el poder contra el bando antipopulista en estas decisivas e inciertas coyunturas. Sus confrontaciones dan lugar a tres desenlaces. El primero es que la polarización podría inducir a algunos sectores de la oposición a intentar dar un golpe militar para contener al populista, una acción temeraria en una nueva constelación internacional que no favorece estas acciones. El fracaso de los golpes de Venezuela en 2002 y Turquía en 2016 condujo a la radicalización de los líderes populistas y sus proyectos. Hugo Chávez adoptó el socialismo del siglo XXI como un nuevo modelo de democracia directa y desarrollo dirigido por el Estado. Las secuelas del fallido golpe contra Recep Tayyip Erdoğan provocaron una mayor erosión democrática con arrestos masivos y el cambio de la Constitución turca del parlamentarismo al presidencialismo. A diferencia de estos fallidos golpes, la oposición, los militares y la monarquía se libraron con éxito de Manuel Zelaya, en 2009, y de Thaksin Shinawatra, en 2006, y de su hermana Yingluck, en 2014 (De la Torre y Srisa-nga 2022, 122-126).

Un segundo desenlace ocurre cuando partidos no populistas, movimientos sociales, otras organizaciones de la sociedad civil y funcionarios públicos que se ven a sí mismos como servidores de los intereses del Estado y no de un político, resisten y, en última instancia, eclipsan las propuestas populistas de cambio de régimen. Donald Trump, Jair Bolsonaro y Cristina Kirchner se enfrentaron a la resistencia de la Función Judicial, el Legislativo, funcionarios públicos y ciudadanos movilizados. Miles de personas se organizaron contra lo que percibían como políticas y prácticas autoritarias de Kirchner. La sociedad civil y una corte constitucional independiente resistieron los intentos de modificar la Constitución para permitir reelecciones permanentes. Las instituciones democráticas de

Argentina, relativamente más fuertes, junto con una sociedad civil compleja, impidieron que se estableciera un régimen populista (Gervasoni y Peruzzotti 2015).

Trump emergió en un contexto de polarización y desconfianza hacia los partidos políticos, pero en el que las instituciones democráticas no estaban en crisis. Durante su primer mandato, Trump estuvo limitado por instituciones más fuertes y un sistema de pesos y contrapesos. La polarización “del sistema bipartidista limita el apoyo popular de Trump y garantiza una fuerte oposición” (Weyland 2020, 399). Sus políticas, estilo y retórica energizaron a la base de izquierda del Partido Demócrata y condujeron a una coalición de todos los que estaban hartos de él. Después de perder en las urnas en 2020, no logró el apoyo institucional en torno a sus reclamos de que las elecciones se habían amañado. Pidió a sus seguidores que detuvieran el supuesto fraude para salvar la democracia. El 6 de enero de 2021, miles de personas acudieron a Ellipse Park, muchos pertenecientes a grupos posfascistas, y más de dos mil de ellos invadieron el Congreso. Aunque la democracia estadounidense sobrevivió, la polarización se profundizó y sus fieles seguidores perdieron confianza en las elecciones y en las instituciones a cargo de garantizar la imparcialidad. Cuando Trump ganó por segunda vez prometió acabar con los funcionarios que no fueran sus leales seguidores y usar el poder judicial en contra de sus enemigos.

Jair Bolsonaro, quien se autodenominó el Trump Tropical, “le tomó el pulso a la democracia brasileña” (Hunter y Power 2023, 137), pero al final prevaleció la democracia y los militares se abstuvieron de dar el golpe. Se enfrentó al Congreso, la Corte Suprema Federal y la Junta Electoral. A pesar del mal manejo de la epidemia de la COVID-19 y los malos resultados de la economía, el bolsonarismo sobrevivió como movimiento de derecha. Sigue atrayendo a aquellos que aborrecen visceralmente al Partido de los Trabajadores por su corrupción y políticas de familia, género y sexualidad. Los pentecostales, evangélicos y católicos de derecha siguieron apoyando a Bolsonaro. Lula regresó al poder porque muchos votaron en contra de Bolsonaro, y ahora debe enfrentarse al Congreso y a gobernaciones que están en manos de la derecha. Sin embargo, y a diferencia de los Estados Unidos, donde los

Poderes Legislativo y Judicial no frenaron a Trump pese a sus crímenes, el máximo organismo electoral de Brasil le prohibió a Bolsonaro presentarse de nuevo como candidato presidencial por ocho años.

Estos ejemplos ilustran cómo los populistas no siempre triunfan en su confrontación con el *establishment* y/o el bando no populista. Tampoco son los que siempre provocan el cambio de régimen (Carrión 2022, 210). Sin embargo, aun cuando la “democracia no muere fácilmente” (Weyland 2020, 399), los populistas deslegitimaron aún más las democracias que enfrentaban crisis de representación, participación y legitimidad.

Un tercer resultado del momento hobbesiano fue el establecimiento de los regímenes populistas de Chávez en Venezuela, Orbán en Hungría, Erdoğan en Turquía y Correa en Ecuador. Estos líderes vencieron a una oposición que se desmoralizó y se fragmentó. Se puede reconocer un régimen populista híbrido cuando 1) las elecciones no son libres ni totalmente competitivas, 2) los derechos de expresión y asociación son sistemáticamente limitados, y 3) se usa el Estado de derecho para servir los intereses del titular del cargo (Arato y Cohen 2022, 136).

Sin oposición, estos políticos no tenían ningún impedimento para ejecutar el cambio de régimen y transformar el populismo híbrido en regímenes autoritarios competitivos (Carrión 2022, 46). Su estrategia fue lograr reelecciones sucesivas que validaran su ley y desmoralizaran aún más a la fragmentada oposición. Su objetivo era controlar la rendición de cuentas horizontal al regular los medios de comunicación privados, las organizaciones de la sociedad civil y controlar las universidades. La naturaleza de las elecciones cambió. “Dejaron de ser un mecanismo de rendición de cuentas y en su lugar se convirtieron en un mecanismo para reproducir el régimen. Sirven para legitimar el extraordinario engrandecimiento del poder ejecutivo” (180).

Es posible hablar de regímenes autoritarios competitivos siempre y cuando las elecciones sirvan para echar a los titulares de sus cargos. Sin embargo, cuando el primer mandatario ya no puede perder una elección, como en el caso de la Venezuela de Maduro, a pesar de los llamados a la soberanía popular, ese régimen “se ha convertido efectivamente en un Estado de partido único” (Arato y Cohen 2022, 151).

El populismo como una combinación *sui generis* de autocracia e inclusión

Para un tercer grupo de académicos, el populismo en América Latina implicó un tipo particular de inclusión autocrática. Germani (1978, 189) se refirió a ella como una forma de “democracia inorgánica”. Se basó en la aceptación de un líder autoritario y, a la vez, “arraigado en el sentimiento del derecho propio a participar”. La participación populista no se limitó a votar en las elecciones. Los seguidores implantaron organizaciones de base y desplegaron su fuerza en concentraciones, manifestaciones, marchas y desfiles. Los partidarios ocuparon los espacios públicos de los que antes habían sido excluidos por ser pobres o no blancos (De la Torre 2010). Los populistas realizaron eventos públicos ritualizados para demostrar su fuerza, intimidar a los seguidores y crear sensaciones de pertenencia e identidad entre sus participantes. “En las calles, en virtud de su visibilidad pública, actores sociales comunes se convirtieron en actores políticos” (Jansen 2017, 171).

La participación populista en espacios públicos condujo a una comprensión y un sentimiento de la ciudadanía como la participación activa y directa del pueblo en política. La ciudadanía se vivió como un conjunto de luchas antagónicas contra enemigos internos y externos (Spanakos 2008, 527; Rein 2013, 301). La polarización populista y los emotivos discursos en nombre de los pobres, quienes fueron exaltados como el alma de la nación, crearon fuertes identidades populares. Estas dieron paso a la movilización de gente común en masivas concentraciones, manifestaciones y en las elecciones, en donde votaban por sus líderes. Los seguidores de los populistas tenían la sensación y el sentimiento de ser los actores y modeladores de sus propios destinos políticos. Luchaban contra sus opresores y para su liberación. La polarización populista, no obstante, transformó a rivales en enemigos, restringió los espacios de diálogo y compromiso y redujo la democracia a las aclamaciones plebiscitarias del líder. A diferencia del modelo liberal de ciudadanía, que protegía el pluralismo, los populistas concibieron al *pueblo* como un todo orgánico y homogéneo que compartía un solo interés e identidad que podía personificarse en el líder.

La ciudadanía populista también se entendió como la inclusión socioeconómica de los excluidos y la expansión de la capacidad de consumo de los pobres en el mercado. El derecho a consumir, especialmente alimentos, es un componente fundamental de la ciudadanía económica populista (Spanakos 2008, 535; Rein 2013, 297). Además de corregir los déficits de consumo de los pobres, el objetivo de los populistas fue darles acceso a los símbolos de estatus de los que normalmente disfruta la clase media. Durante su campaña presidencial de 2012, Chávez, por ejemplo, lanzó la Gran Misión Vivienda, cuyo objetivo no solo era resolver el déficit habitacional, sino también dar acceso a los pobres a casas en modernos complejos de apartamentos similares a aquellos en donde vive la clase media. Este proyecto se complementó con la misión Mi Casa Bien Equipada, que vendía electrodomésticos a precios subsidiados para los pobres. El mensaje fue que Chávez proporcionaba bienes asociados con el estatus de clase media a los más necesitados. La expansión del consumo y nuevas líneas de crédito contribuyeron a su popularidad.

La redistribución populista rápidamente apuntó a los pobres, impulsó la popularidad de los presidentes y funcionó como instrumento para retener el poder. En algunos casos, como en Venezuela, el gran gasto social coincidió con las elecciones y Chávez movilizó a los beneficiarios de los programas sociales para que asistieran a las concentraciones a mostrar su gratitud. Estos programas sociales adolecieron de grandes defectos de diseño. Eran aleatorios y politizados, carecían de eficiencia, transparencia e institucionalidad. Su base fiscal, especialmente de aquellos muy dependientes del petróleo y otros ingresos extraordinarios de las *commodities*, a la larga fue insostenible (Weyland 2013). La prosperidad duró tanto como el auge del ciclo económico.

A diferencia de Germani, quien asumió que el populismo perteneció al período de transición a la modernidad, aquel se entiende mejor como una forma de movilización que combina los discursos con la movilización de los seguidores (Jansen 2017). Los líderes populistas y su maquinaria política utilizaron discursos que transformaron a los pobres y a los excluidos en el alma de la nación. Además de su reconocimiento cultural y simbólico, se movilaron en nombre de un líder convertido

en el símbolo de la liberación que estaba por llegar. La repetición de consignas, confrontaciones ritualizadas con sus enemigos y sus encuentros en espacios públicos los hicieron sentir como protagonistas de momentos de transformación política. Una vez en el poder, los populistas intentaron redistribuir rápidamente recursos entre sus seguidores. La combinación entre redistribución material, reconocimiento simbólico y participación mantuvieron vigentes los marcos discursivos populistas y repertorios de movilización que se usaron por primera vez en las décadas de 1930 y 1940.

Los populistas politizaron los sentimientos de rabia frente a las injusticias y opresión y construyeron un enemigo poderoso que controlaba el poder económico, cultural y político. Concibieron al pueblo como un actor unitario con una sola voluntad e interés, transformaron a los rivales políticos en enemigos existenciales y redujeron todo conflicto a la lucha entre dos bandos antagónicos. Los populistas consideran que los medios de comunicación, el sistema legal y la burocracia son instrumentos políticos que pueden usarse en confrontaciones con los enemigos (Rosanvallon 2020). La lógica del populismo polariza y simplifica a la política en la confrontación entre dos bandos antagónicos. La polarización populista desencadena una reacción antipopulista y el bando populista a menudo es estigmatizado como peligroso e irracional. En Venezuela, por ejemplo, la clase media llamó a los partidarios de Chávez *las chusmas*, mientras que “los seguidores de Chávez se referían a la oposición de clase media y alta como *sifrinos* (un término de jerga tomado de una canción acerca de una mujer rica y tonta a la que solo le preocupa el consumo de lujo)” (Somer y McCoy 2019, 244). Bajo estas condiciones, “parece imposible un debate racional basado en principios constitucionales ya que no hay valores e interpretaciones comunes para entrar en un diálogo y una conciliación” (García Guadilla y Mallen 2019, 63).

En democracias polarizadas, las identidades políticas se convierten en identidades sociales a medida que la política coloniza todos los aspectos de la vida, incluyendo relaciones personales y familiares. Los argentinos, desde la década de 1940, se dividieron en peronistas y antiperonistas, y, desde el inicio del siglo XXI, los venezolanos se

convirtieron en chavistas o antichavistas. En democracias polarizadas, la confrontación puede terminar en impases catastróficos que solo pueden resolverse mediante la aniquilación simbólica y/o política del otro. Con Chávez, la política se convirtió en “una lucha existencial cuya victoria era percibida por la ciudadanía como esencial para la supervivencia de su definición de la democracia, su visión del mundo y su forma de vida” (García Guadilla y Mallen 2019, 74). Para derrocarlo, la oposición organizó un golpe en 2002, que fracasó.

Conclusiones

Los populistas de izquierda en América Latina incluyeron a los excluidos política, económica y culturalmente con la condición de que se sometieran a la voluntad de un líder. La inclusión populista se basó en un discurso a favor de los pobres, erigidos como la verdadera nación. La movilización de seguidores en los espacios públicos tuvo como objetivo desplegar fuerzas y generar identidades colectivas y políticas redistributivas una vez que el líder se afincaba en el poder. Los populistas vivieron y entendieron la ciudadanía como una participación directa sin intermediarios y como políticas redistributivas en nombre de los pobres. Las confrontaciones populistas crearon democracias polarizadas en las que los rivales eran vistos como enemigos y las identidades políticas se volvieron omnímodas. La polarización populista permeó las relaciones familiares y toda interacción social. Para los populistas, los medios de comunicación, la burocracia, las universidades, el sistema de justicia, los movimientos sociales y otras organizaciones de la sociedad civil debían servir a los intereses del pueblo. Cuando estas instituciones se resistieron al llamado populista de ponerse de su lado, se las acusó de servir los intereses de sus enemigos.

Este capítulo desafía la teoría de la democracia de Mouffe (2018, 14), que argumenta que la democracia liberal es el resultado de la conjunción histórica del componente liberal, que protege los derechos, y el lado democrático, basado en la equidad y soberanía popular. Según esta interpretación, populistas como Perón o Chávez podrían etiquetarse

como líderes que promueven un camino antiliberal de democratización. En el contraste arbitrario entre liberalismo y democracia se olvida que sin las libertades liberales fundamentales y la posibilidad de que todos los ciudadanos apelen al Estado de derecho contra los burócratas y las élites, no existe democracia. Las libertades civiles permiten la autoorganización del pueblo en la sociedad civil y protegen a la esfera pública de la interferencia del gobierno, tratando a todas las personas como iguales bajo la ley. Sin derechos que salvaguarden la independencia de la sociedad civil y la esfera pública, la democracia no puede florecer. En el populismo se reemplazan los debates libres entre ciudadanos protegidos por el Estado de derecho con la idea de que el líder es la única voz autorizada del auténtico pueblo.

Hay una diferencia entre los populistas que buscan alcanzar el poder, aquellos que están en el poder y los regímenes populistas. Cuando desafían al poder, los populistas politizan temas que otros ignoran o no abordan. Develan los fracasos de las democracias y protestan contra las inequidades. Una vez que llegan al poder, muestran su verdadera cara. No son políticos regulares elegidos para un período establecido. Tienen la misión de liberar a su pueblo. Las elecciones no son solo contiendas democráticas regulares por el poder. Se tornan en batallas titánicas entre el pasado de opresión y la liberación que está por llegar. Los populistas gobiernan como si tuvieran la urgencia de transformar toda disputa democrática en contiendas existenciales entre bandos antagónicos. Pero no todos salen victoriosos de estas lides. El bando antipopulista podría frenar los intentos populistas de lograr el cambio. Cuando las administraciones populistas vencen a sus antagonistas, modifican la Constitución para concentrar el poder, usar las leyes para regular la esfera pública y las organizaciones de la sociedad civil. Entonces se convierten en regímenes populistas.

La mayoría de los científicos políticos usa el concepto de *autoritarismo competitivo* para analizar cómo se siguen celebrando elecciones en campos de juego desiguales. Sin embargo, esta noción no toma en cuenta el proceso de redistribución, reconocimiento y participación bajo el populismo de izquierda en América Latina. Las nociones de regímenes populistas y democracias polarizadas permiten comprender

mejor cómo la inclusión y la autocracia coexisten en gobiernos que combinan un compromiso democrático y las elecciones como la única herramienta legítima para elegir y destituir políticos que tienen visiones no democráticas de sus rivales políticos, sus enemigos; y que consideran al pueblo como un actor unitario y al líder como el salvador del pueblo.

Los líderes populistas de izquierda participaron en un juego peligroso. Por un lado, actuaron como la única voz del pueblo unitario; por el otro, requirieron del apoyo de los diferentes movimientos sociales y organizaciones de izquierda. Crearon movimientos desde arriba para convertirse en la única voz auténtica del pueblo, usaron los recursos del Estado para dividir a los dirigentes de las bases y criminalizaron la protesta. Estas estrategias tuvieron éxito al dividir los movimientos sociales de estas tres naciones (Bolivia, Ecuador y Venezuela) y en crear movimientos leales que apoyaran a estos gobiernos. No obstante, los resultados variaron a largo plazo. Morales se vio obligado a negociar con fuertes movimientos sociales que nunca le permitieron ser la única voz. A pesar de su éxito en dividir los movimientos sociales y abolir organizaciones autónomas, Correa enfrentó la resistencia de ambientalistas, el movimiento indígena, activistas de izquierda y ciudadanos comunes. Debido a la caída de su popularidad, decidió no presentarse a las elecciones presidenciales en 2017, aun cuando había cambiado la Constitución para que pudiera ser elegido las veces que quisiera. Chávez creó organizaciones desde arriba que le permitieran ganar las elecciones. Después de su muerte y como producto de la crisis económica, de seguridad, alimenticia y de salud que provocaron la migración de millones de ciudadanos y el descalabro de la sociedad civil, su sucesor, Nicolás Maduro, utilizó provisiones de alimentos y medicinas para comprar su legitimidad y gobernó bajo represión en una tiranía o dictadura.

Referencias

- Arato, Andrew. 2015. "Political Theology and Populism". En *The Promise and Perils of Populism*, editado por Carlos de la Torre, 31-59. Lexington: Kentucky University Press.

- Arato, Andrew, y Jean L. Cohen. 2022. *Populism and Civil Society. The Challenges to Constitutional Democracy*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780197526583.001.0001>
- Beasley-Murray, Jon. 2010. *Posthegemony: Political Theory and Latin America*. Minneapolis: The University of Minnesota Press. <https://doi.org/10.5749/minnesota/9780816647149.001.0001>
- Betz, Hans-Georg. 1994. *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Londres: The Macmillan Press. <https://doi.org/10.1007/978-1-349-23547-6>
- Betz, Hans-Georg. 1998. "Introduction". En *The New Politics of the Right*, editado por Hans-Georg Betz y Stefan Immerfall, 1-11. Nueva York: St. Martin's Press.
- Biglieri, Paula, y Luciana Cadahia. 2021. *Seven Essays on Populism*. Cambridge: Polity Press.
- Carrión, Julio. 2022. *A Dynamic Theory of Populism in Power. The Andes in Comparative Perspective*. Oxford: Oxford University Press. <https://doi.org/10.1093/oso/9780197572290.001.0001>
- Correa, Rafael. 2012. "Interview. Ecuador's Path". *New Left Review* 77: 89-104. <https://doi.org/10.64590/z3j>
- Crabtree, John. 2013. "From the MNR to the MAS: Populism, Parties, the State, and Social Movements in Bolivia since 1952". En *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, editado por Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, 269-295. Baltimore-Washington: The Johns Hopkins University / Woodrow Wilson Center Press.
- De la Torre, Carlos. 2010. *Populist Seduction in Latin America*. Athens: Ohio University Press.
- De la Torre, Carlos. 2018. "Populism Revived: Donald Trump and the Latin American Leftist Populists". *The Americas Journal* 75 (4): 733-753. <https://doi.org/10.1017/tam.2018.39>
- De la Torre, Carlos. 2019. "Rafael Correa's Technopopulism in Comparative Perspective". En *Assessing the Left Turn in Ecuador*, editado por Francisco Sánchez y Simón Pachano, 91-115. Cham: Palgrave Macmillan. https://doi.org/10.1007/978-3-030-27625-6_5

- De la Torre, Carlos, y Cynthia Arnson. 2013. "Introduction: The Evolution of Latin American Populism and the Debates Over Its Meanings". En *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, editado por Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, 1-37. Baltimore-Washington: The Woodrow Wilson Press / Johns Hopkins University Press.
- De la Torre, Carlos, y Treethep Srisa-nga. 2022. *Global Populisms*. Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9780429318511>
- Finchelstein, Federico. 2017. *From Fascism to Populism in History*. Oakland: The University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520968042>
- García Guadilla, María Pilar, y Ana Mallen. 2019. "Polarization, Participatory Democracy, and Democratic Erosion in Venezuela's Twenty-First Century Socialism". *ANNALS, AAPSS* 681: 62-77. <https://doi.org/10.1177/0002716218817733>
- Germani, Gino. 1971. *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Germani, Gino. 1978. *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*. New Brunswick: Transaction Books.
- Gervasoni, Carlos, y Enrique Peruzzotti, eds. 2015. *Década ganada. Evaluando el legado del kirchnerismo*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- Hawkins, Kirk. 2010. *Venezuela's Chavism and Populism in Comparative Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hunter, Wendy, y Timothy J. Power. 2023. "Lula's Second Act". *Journal of Democracy* 34 (1): 126-140. <https://doi.org/10.1353/jod.2023.0008>
- Iranzo, Consuelo. 2011. "Chávez y la política laboral en Venezuela: 1999-2010". *Revista Trabajo* 5 (8): 28-31. <https://sotraem.izt.uam.mx/wp-content/uploads/2021/09/Trabaja5n82011.pdf>
- Jansen, Robert. 2015. "Populist Mobilization. A New Theoretical Approach to Populism". En *The Promise and Perils of Populism. Global Perspectives*, editado por Carlos de la Torre, 159-189. Lexington: The University Press of Kentucky.

- Jansen, Robert. 2017. *Revolutionizing Repertoires. The Rise of Populist Mobilization in Peru*. Chicago: The University of Chicago Press.
<https://doi.org/10.7208/chicago/9780226487588.001.0001>
- Laclau, Ernesto. 1977. *Politics and Ideology in Marxist Theory*. Londres: Verso.
- Laclau, Ernesto. 2005a. *On Populist Reason*. Londres: Verso.
- Laclau, Ernesto. 2005b. "Populism: What's in a name?". En *Populism and the Mirror of Democracy*, editado por Francisco Panizza, 32-55. Londres: Verso.
- Levitsky, Steven, y James Loxton. 2019. "Populism and competitive authoritarianism in Latin America". En *The Routledge Handbook of Global Populism*, editado por Carlos de la Torre, 334-351. Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315226446-27>
- López Maya, Margarita, y Alexandra Panzarelli. 2013. "Populism, Rentierism, and Socialism in the Twenty-First Century". En *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, editado por Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, 239-269. Baltimore-Washington: The Johns Hopkins University / The Woodrow Wilson Center Press.
- Martínez Novo, Carmen. 2021. *Undoing Multiculturalism. Resource Extraction and Indigenous Rights in Ecuador*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1kwxg0n>
- Moffitt, Benjamin. 2016. *The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, Representation*. Stanford: Stanford University Press. <https://doi.org/10.1515/9780804799331>
- Mouffe, Chantal. 2018. *For Left Populism*. Londres: Verso.
- Mudde, Cas. 2004. "The Populist Zeitgeist". *Government and Opposition* 39 (4): 541-563.
<https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Mudde, Cas, y Cristóbal Rovira Kaltwasser. 2012. *Populism in Europe and the Americas*. Cambridge: Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/CBO9781139152365>
- Mudde, Cas, y Cristóbal Rovira Kaltwasser. 2013. "Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Europe and Latin America". *Government and Opposition* 48 (3): 147-174.
<https://doi.org/10.1017/gov.2012.11>

- Murmis, Miguel, y Juan Carlos Portantiero. 1971. *Estudio sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- O'Donnell, Guillermo. 2011. "Nuevas reflexiones acerca de la democracia delegativa". En *Democracia delegativa*, editado por Guillermo O'Donnell, Osvaldo Iazzetta y Hugo Quiroga, 19-35. Buenos Aires: Prometeo.
- Pappas, Takis. 2019. *Populism and Liberal Democracy: A Comparative and Theoretical Analysis*. Oxford: Oxford Press.
<https://doi.org/10.1093/oso/9780198837886.001.0001>
- Peruzzotti, Enrique. 2022. "Contrasting Modern and Contemporary Populist Regimes: From Democratization to Democratic Hybridization". *Populism* 5 (2): 141-157.
<https://doi.org/10.1163/25888072-bja10038>
- Rein, Raanan. 2013. "From Juan Perón to Hugo Chávez: Populism Reconsidered". En *Shifting Frontiers of Citizenship: The Latin American Experience*, editado por Mario Sznajder, Luis Roniger y Carlos Forment, 289-313. Leiden-Boston: BRILL.
https://doi.org/10.1163/9789004236318_014
- Resnick, Daniel. 2015. "Varieties of African Populism in Comparative Perspective". En *The Promise and Perils of Populism*, editado por Carlos de la Torre, 317-349. Lexington: Kentucky University Press.
- Roberts, Kenneth. 2015. "Populism, Political Mobilizations, and Crises of Political Representation". En *The Promise and Perils of Populism*, editado por Carlos de la Torre, 140-159. Lexington: The University Press of Kentucky.
- Romero, Luis Alberto. 2002. *A History of Argentina*. University Park: Pennsylvania State University Press.
- Rosanvallon, Pierre. 2020. *El siglo del populismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Rovira Kaltwasser, Cristóbal. 2015. "Explaining the Emergence of Populism in Europe and the Americas". En *The Promise and Perils of Populism*, editado por Carlos de la Torre, 189-231. Lexington: The University Press of Kentucky.
- Sánchez, Francisco, y Simón Pachano. 2020. *Assessing the Left Turn in Ecuador*. Cham: Palgrave Macmillan.
<https://doi.org/10.1007/978-3-030-27625-6>

- Schamis, Héctor. 2013. "From the Peróns to the Kirchners: 'Populism' in Argentine Politics". En *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, editado por Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, 145-179. Baltimore-Washington D.C.: The Johns Hopkins University Press / Woodrow Wilson Centre Press.
- Somer, Murat, y Jennifer McCoy. 2019. "Transformations Through Polarization and Global Threats to Democracy". *ANNALS, AAPSS* 681: 8-22. <https://doi.org/10.1177/0002716218818058>
- Spanakos, Anthony. 2008. "New Wine, Old Bottles, Flamboyant Sommelier: Chávez, Citizenship, and Populism". *New Political Science* 30 (4): 521-544. <https://doi.org/10.1080/07393140802493308>
- Stavrakakis, Yannis, Giorgos Katsambekis, Alexandros Kioupiolis, Nikos Nikisianis y Thomas Siomos. 2018. "Populism, anti-populism and crisis". *Contemporary Political Theory* 17 (1): 4-27. <https://doi.org/10.1057/s41296-017-0142-y>
- Vilas, Carlos. 1995. "Estudio preliminar: El populismo o la democratización fundamental de América Latina". En *La democratización fundamental: El populismo en América Latina*, editado por Carlos Vilas, 11-118. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Weyland, Kurt. 2001. "Clarifying a Contested Concept". *Comparative Politics* 34 (1): 1-22. <https://doi.org/10.2307/422412>
- Weyland, Kurt. 2013. "Populism and Social Policy in Latin America". En *Latin American Populism in the Twenty-First Century*, editado por Carlos de la Torre y Cynthia Arnson, 117-145. Baltimore-Washington: The Johns Hopkins University / The Woodrow Wilson Center Press.
- Weyland, Kurt. 2019. "Populist authoritarianism". En *The Routledge Handbook of Global Populism*, editado por Carlos de la Torre, 319-334. Nueva York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315226446-26>
- Weyland, Kurt. 2020. "Populism's Threat to Democracy: Comparative Lessons for the United States". *Perspectives on Politics* 18 (2): 389-406. <https://doi.org/10.1017/S1537592719003955>
- Zuazo, Moira. 2010. "¿Los movimientos sociales en el poder? El gobierno del MAS en Bolivia". *Nueva Sociedad*, 227: 120-135. <https://nuso.org/articulo/los-movimientos-sociales-en-el-poder-el-gobierno-del-mas-en-bolivia/>